

REVISTA PRISMA SOCIAL N° 23

ADOLESCENCIAS Y RIESGOS:
ESCENARIOS PARA LA SOCIALIZACIÓN
EN LAS SOCIEDADES GLOBALES

4° TRIMESTRE, DICIEMBRE 2018 | SECCIÓN TEMÁTICA | PP. 208-234

RECIBIDO: 1/10/2018 – ACEPTADO: 3/11/2018

SER PADRES Y MADRES A
EDADES TEMPRANAS
EXPERIENCIAS Y SIGNIFICADOS

BE PARENTS AND MOTHERS AT AN
EARLY AGE
EXPERIENCES AND MEANINGS

DRA. MÓNICA DE MARTINO BERMÚDEZ / MONICA.DEMARTINO@CIENCIASOCIALES.EDU.UY

PROFESORA TITULAR EN RÉGIMEN DE DEDICACIÓN TOTAL, COORDINADORA DEL ÁREA INFANCIA Y FAMILIA – DEPARTAMENTO DE TRABAJO SOCIAL – FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES DE LA UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA – MONTEVIDEO, URUGUAY

EL ARTÍCULO ES PRODUCTO DEL PROYECTO VISIBILIZANDO LA PATERNIDAD ADOLESCENTE EN SECTORES DE POBREZA, FINANCIADA POR LA COMISIÓN SECTORIAL DE INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA (CSIC) DE LA UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA. DICHA INVESTIGACIÓN FUE AVALADA Y RESPALDADA POR ORGANIZACIONES PÚBLICAS Y PRIVADAS COMO: MINISTERIO DE DESARROLLO SOCIAL (MIDES); ALDEAS INFANTILES S.O.S. Y VIDA Y EDUCACIÓN



prisma
social
revista
de ciencias
sociales

RESUMEN

El artículo aborda la paternidad adolescente desde la experiencia de los propios agentes. El concepto de experiencia, más allá de los reconocidos debates desde la perspectiva thompsoniana, posee: (i) ubicuidad teórica: es un concepto que si bien es cercano a la vida cotidiana, puede ser desarrollado dentro de un modelo teórico relacionado con la sociedad en general (big theory); y , (ii) organicidad teórica: como criterio válido de unificación y organización del conocimiento teórico y de los hallazgos, en la medida que en un solo enunciado se puede subsumir variados comportamientos que usualmente se analizan en forma aislada. En el presente artículo el énfasis es colocado en los significados atribuidos al/la hijo/a y en las normas ético - sexuales que rigen la vida de estos padres adolescentes y pobres. Ambos aspectos constituyeron objetivos específicos de la investigación en la que se basa el artículo. El proyecto asume un modelo cualitativo, la técnica seleccionada fue relatos de vida y el criterio de selección de los/las entrevistados teóricamente se basó en lo que Bourdieu (1990) ha denominado competencia. Es por ello que se entrevistó, a partir de indicaciones de referentes comunitarios e institucionales, a adolescentes que se presumía tenían algo para decir, por su competencia social en el tema.

PALABRAS CLAVE

Paternidad; Adolescencia; Pobreza; Ética Sexual.

ABSTRACT

The article addresses adolescent paternity from the experience of the agents themselves. The concept of experience, beyond the recognized debates from the Thompson's perspective, has: (i) theoretical ubiquity: it is a concept that, although it is close to everyday life, can be developed within a theoretical model related to society in general (big theory); and, (ii) theoretical organicity: as a valid criterion of unification and organization of theoretical knowledge and findings, to the extent that a single statement can subsume various behaviors that are usually analyzed in isolation. In this article the emphasis is placed on the meanings attributed to the child and on the ethical - sexual norms that govern the life of these adolescent and poor parents. Both aspects are specific objectives of the research. Based on a qualitative model, the selected technique was life stories and the selection criterion of the interviewees was theoretically based on what Bourdieu (1990) has called competence. That is why it was selected, from community and institutional references, adolescents who were presumed to have something to say, for their social competence in the subject.

KEYWORDS

Paternity; Adolescence; Poverty; Sexual Ethics.

1. INTRODUCCIÓN

Se puede señalar que la paternidad a edades tempranas es un tema recientemente abordado a nivel mundial. Si en Europa y Estados Unidos comienza a hacerse presente a partir de los años 80 y 90 de la mano de los estudios sobre masculinidades, en América Latina lo hace de forma más tardía y, en nuestro país, Uruguay, muy recientemente, ya casi a principios del Siglo XXI.

A modo de un breve contexto, se indica que diversos estudios regionales informan que en América Latina la maternidad adolescente aumentó de manera significativa entre los años 1990 y 2000 para posteriormente expresar un descenso marcado (Rodríguez, 2014; Varela y otros, 2014a; 2014b). No obstante, según Varela y otros (2014a; 2014b) la maternidad a edades tempranas continúa siendo un problema acuciante para la región: el continente latinoamericano se ubica en un segundo lugar, luego del África Subsahariana, si observamos su tasa de fecundidad adolescente. Los autores citados informan la magnitud del problema y añaden que se encuentra profundamente asociado a la reproducción de la pobreza.

(...) el análisis procura mostrar que las desigualdades reproductivas tienen la doble condición de ser expresión de desigualdades sociales estructurales y de ser factores que coadyuvan a la reproducción de la desigualdad social, como se ha explicado previamente. Así, se concibe a la desigualdad reproductiva como una pieza más del escenario de la desigualdad social en América Latina, que la CEPA¹ ha destacado como el principal problema de la región (Rodríguez Vignoli, 2014:60).

Específicamente en Uruguay, cabe remitir al estudio reciente realizado por López y Varela (2016) que deja al desnudo la profunda relación entre el embarazo a edades tempranas y desigualdades socio-económicas. Preocupadas por la resistencia a la baja de la maternidad adolescente, luego del descenso ya señalado, las autoras y su equipo analizan las diversas expresiones de la desigualdad social que también atraviesan este fenómeno. En este contexto y desde una perspectiva estrictamente vinculada a la paternidad adolescente, caben algunas apreciaciones.

El embarazo a edades tempranas es considerado un factor fuertemente asociado a la exclusión social, en el caso de adolescentes mujeres, de acuerdo a la bibliografía consultada. Pero esta aseveración no encuentra la misma consistencia al hablar de la paternidad masculina, en la medida que no ha sido problematizada. Del mismo modo, en los espacios de intercambio con los agentes profesionales y político-institucionales que apoyan el proyecto mencionado, parecería que el problema «embarazo adolescente» se asocia únicamente a la familia de la adolescente y no así en el caso del padre adolescente. No obstante, la casuística parecería indicar que existe una variedad de situaciones en torno a la paternidad a edades tempranas: aquellos jóvenes que asumen en cierta medida el cuidado o sostén de su hijo/a, familias por vía paterna que lo hacen, ausencia de la figura masculina en todo el proceso. Una variada gama de actitudes frente a la paternidad y una variada gama de identidades masculinas para las cuales esa paternidad cobra significado.

¹ Comisión Económica para América Latina y el Caribe – CEPAL.

Se puede señalar también, que los aportes de Havighurst (1953, 1972) son considerados pertinentes para abordar el tema de la paternidad y maternidad a edades tempranas. El autor acuña el concepto de tareas evolutivas y asigna diez a la adolescencia. Una de ellas es construir aquella identidad de la que hablábamos y un *self* sólido. Si el adolescente se acepta y se quiere, tanto física como emocionalmente, comenzará un camino independiente a partir de las apreciaciones sobre sí mismo que va construyendo. Si encuentra dificultades para aceptarse y para entender sus dilemas, será difícil que desarrolle un concepto de sí claro (Kimmel y Weiner, 1998). El embarazo en la adolescencia es presentado por Havighurst (1953, 1972) como una traba o dificultad para asumir las tareas evolutivas propias de su edad, de las cuales solo colocamos un ejemplo. Ser padre (varón) y ser adolescente no se conjuga armoniosamente en la medida que el ejercicio de las tareas evolutivas propias de esa etapa se verá dificultado por el hecho de ser padre. La paternidad adolescente sería entendida como una paternidad condicionada por la propia naturaleza de la adolescencia (Jiménez-González, Granados-Cosme, Rosales-Flores, 2017).

A partir de esta concepción de la adolescencia como el período de búsqueda y construcción de la identidad personal, Erikson (1974) construye el concepto de *moratoria psico-social*, es decir, la adolescencia como un momento de pausa, de «suspensión», de espera de la adultez entendida como madurez. En esta adolescencia como *moratoria psico-social* es que se incorporan los elementos de identificación imputados por otros y los adquiridos por el propio individuo (Cruzat y Aracena, 2006; Kimmel y Weiner, 1998;).

Pensar la adolescencia o juventud como etapas «previas» al mundo adulto, no permitiría reconocer sus propias complejidades y particulares riquezas como todo punto de inflexión en la vida personal. Tan sólo subrayaría sus carencias o «dolencias» si es que vamos en busca de su genuino significado: «adolescer» (Breinbauer y Maddaleno, 2005; Silber y Castells, 2003. (De Martino, 2015:929)

Cabe agregar también que toda categoría etaria es siempre relacional y su naturaleza no puede ser pensada de manera esencialista u ontológica (Criado, 2005:88). Existe una relación socio-política jerárquica entre las personas pertenecientes a diversas categorías etarias, de tal manera que el mundo infantil, adolescente y juvenil es subalterno al adulto. Y esto constituye parte de nuestra cultura y se encuentra ampliamente naturalizado (Criado, 2005; Silba, 2011).

Este adultocentrismo extremo que impregna la vida social y política es puesto en cuestión ya en 1998 por Elías, que indica cómo la jerarquía etaria naturalizada puede ser cuestionada. El autor dice: « (...) la idea de que el poder de mando incondicional de los padres y la rigurosa obediencia de los/as hijos/as, incluso desde el punto de vista de estos, es la disposición más saludable y fértil, hoy en día despierta sospechas» (Elías, 1998: 418). Las formas de vivir y pensar asociadas a cada etapa etaria no dejan de ser tipos ideales, modelos sociales, por tanto, dividir la vida en etapas sucesivas también es algo meramente ilusorio. Así por ejemplo, Silba (2011) indica, para el caso argentino, que el concepto de moratoria social es inaplicable en el entendido que:

...la idea misma que la totalidad de los y las jóvenes cuentan con una etapa entre la niñez y la adultez caracterizada por la posibilidad de aplazar compromisos laborales, maritales, familiares, etc., constituye una reducción de la diversidad de experiencias

juveniles, ya que no toma en cuenta en su enfoque las diferencias que representa el cruce de la edad con la clase, el género, la etnia, la religión ni el lugar de residencia (Silba, 2001: 232-233).

En la misma dirección, Krauskopf (2004:27) afirma respecto a la juventud, pero que bien puede ser aplicado a otras etapas de la vida:

El tiempo de ser joven identitariamente varía entre estratos, culturas y clases sociales. La mayoría de las personas menores de edad de la región de latinoamericana, que viven en exclusión social, son invisibilizadas como tales y enfrentan la premura psicosocial en el cumplimiento de responsabilidades supuestamente adultas y con ausencia de oportunidades. Esta premura se intensifica a partir de la pubertad, momento del ciclo vital que parece legitimar su responsabilidad de procurar la subsistencia y aportar a sus familias.

Se puede pensar que el individuo hijo/a de la Modernidad ha sido asociado a un hombre, blanco, racional, europeo y propietario. El resto de los humanos que no asumen ese modelo ideal han sido catalogados por Hall (2010) como sujetos marcados, en el entendido que son pensados respecto a aquel modelo ideal como inferiores o ubicables en un nivel civilizatorio inferior. A estos sujetos marcados refiere Krauskopf (2004) y a ellos se hace referencia al abordar la vida de adolescentes pobres que además, asumen la responsabilidad de su paternidad.

Si bien se impone el plural para hablar de adolescencia, para respetar sus variaciones de acuerdo a diversas mediaciones (clase, género, raza, etnia, religión), debe reconocerse que es en este período de la vida donde el camino que se recorre es el camino hacia la propia identidad. En el mismo, el ansia de ser independientes abre las puertas a grupos de pares, diversos nucleamientos de iguales y obviamente a la vivencia de la sexualidad coital (Papalia y Wendkos, 1997). Y en esta fase de la vida tan especial, confusa y rica, debe pensarse cómo se instala el embarazo y cómo se vive, ya que como lo indican Cáceres y Escudero (1994) y Jiménez-González, Granados-Cosme y Rosales-Flores (2017) puede ser una experiencia vivida con alegría pero también puede ser una pesadilla e incluso una tragedia.

2. OBJETIVOS GENERALES Y ESPECÍFICOS DE LA PROPUESTA

Se reiteran aquí los objetivos del proyecto en cuestión.

OBJETIVO GENERAL

Proponer líneas teórico/técnicas para la formulación de políticas públicas en torno de un problema relevante pero escasamente estudiado por las Ciencias Sociales en Uruguay: el ejercicio de la paternidad a edades tempranas y en contextos de pobreza.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS A LOS QUE REFIERE EL ARTÍCULO

- 1.- Identificar y tipologizar las diversas formas de ser hombre/s que se construyen en contextos de pobreza.
- 2.- Identificar los universos simbólicos hegemónicos asociados a la figura del/la hijo/a.
3. Estrategia Metodológica

3.1. SOBRE EL PROYECTO DE INVESTIGACIÓN

Como ya se ha señalado anteriormente (De Martino, 2014,2016) la bibliografía vernácula sobre el tema es escasa y el tema de reciente aparición en el escenario de las ciencias sociales y humanas, más aún desde la perspectiva de la experiencia de los/las adolescentes. Es por ello que la investigación realizada fue de carácter exploratorio y ha permitido detectar algunas expresiones del fenómeno. El modelo de investigación fue de neto corte cualitativo, basándose en testimonios de vida de varones en contextos de pobreza, cuyas edades oscilaron entre los 14 y 24 años. Se combinaron tales testimonios con la aplicación de entrevistas en profundidad a las mujeres-madres de los/as hijos/as de los varones entrevistados, como forma de superar una mirada dicotómica de género y tratar de comprender las interacciones entre los miembros de la pareja al respecto. El número mínimo de entrevistados se estableció en diez, por el carácter exploratorio del estudio y el cierre de la muestra se rigió por el principio de saturación. La conformación de la muestra se realizó a partir de los dispositivos institucionales involucrados y remitió al área urbana de la capital, Montevideo. Intentó ser distribuida equitativamente entre ambos sexos (padres/madres) y entre los tramos etarios de los varones padres: 14-18 años (adolescencia); 19 -24 años (juventud, habiendo sido padres en la adolescencia).

El criterio de selección de los/las adolescentes que integraron la muestra, a partir de las instituciones que avalaron la investigación, teóricamente se basó en lo que Bourdieu (1990) ha denominado competencia. Indica Bourdieu (1990: 57) *se puede aceptar así que son técnicamente competentes los que son socialmente designados como competentes, y basta designar a alguien como competente para imponerle una propensión a adquirir la competencia técnica que funda a su vez la competencia social*. El grupo entrevistado fue considerado así competente técnicamente a partir de su experiencia social como padres o madres adolescentes. Paralelamente, si bien las historias de casos de familias no reemplazan métodos cuantitativos, son el único medio para acceder a los procesos internos que se dan dentro de ellas, así como a las relaciones entre ellas y el medio (Oxman, 1998).

Paralelamente se aplicaron entrevistas en profundidad a aquellos agentes tecno-políticos de las instituciones que avalaron la iniciativa. Concretamente se entrevistó a: 1.- equipos técnico/operativos; 2.-agentes tecno-políticos a los efectos de identificar tanto los atributos materiales y simbólicos que atribuyen a aquellos jóvenes y adolescentes así como los modelos explicativos que usualmente se utilizan para analizar la problemática. Del mismo modo, se abordó en estas entrevistas la opinión sobre el arsenal técnico-operativo que los equipos consideran tener para abordar a futuro el problema. En resumen, se aplicó la técnica de entrevista en diversas modalidades, en tres tipos de universos: 1. Jóvenes padres; 2. Madres de sus hijos/as. 3. Técnicos que trabajan en las instituciones que respaldaron la propuesta. Se pretendió que el proyecto respondiera a dos registros de indagación: el problema en sí y cuáles serían las fortalezas y debilidades de los equipos técnicos para trabajar la temática en aras de fomentar procesos de inclusión social.

Para el análisis del material empírico recogido, se aplicó el denominado Análisis Crítico del Discurso (ACD) (Wodak y Meyer, 2003) sobre el cual cabe señalar que, aún con deficiencias en sus fundamentos teóricos, toma al lenguaje como práctica relacionada con el contexto social del

entrevistado. Por último, como en todo análisis de discurso se atendió especialmente a aquellos elementos lingüísticos o analógicos que refuerzan o relativizan lo dicho.

Los temas abordados en el presente artículo (significados atribuidos al/la hijo/a y ética sexual varonil) fueron algunos de los conceptos que se elaboraron a partir de los discursos recabados, dada su presencia constante en los relatos de vida, de una u otra manera.

En el texto del artículo los técnicos son identificados en género masculino como: operadores de campo; mandos de dirección; mandos gerenciales; referentes (supervisores temáticos) ante la dificultad de encontrar genéricos en algunos de estos casos. El grupo de adolescentes entrevistados es presentado por nombres ficticios para resguardar su identidad.

3.2. LOS AJUSTES REALIZADOS AL PROYECTO

Cabe destacar que una vez iniciado el trabajo de campo, se tropezó con dos dificultades de diversa índole. Si bien a nivel teórico ya se ha indicado la invisibilidad de la paternidad adolescente en sendos artículos (De Martino, 2014, 2016), no se pensó que la misma iba a ser tan contundente a niveles institucionales. Existieron realmente dificultades para ubicar adolescentes que además de padres/madres, tuvieran hasta 24 años, habiendo tenido su primer hijo/a siendo menores de edad. No fue criterio tenido en cuenta el tipo de relación mantenida entre la pareja parental (convivencia o no; vínculo legal o no). Además de la difícil localización de adolescentes, el re-agendar las entrevistas se tornó en algo habitual, transformándose en muchos casos en entrevistas que no se realizaron, de acuerdo a la voluntad adolescente. Se puede decir que por cada entrevista realizada, se concretaron 1.5 contactos fallidos por los temas advertidos por los equipos técnicos (cambios de celulares, de domicilios, fragilidad en los vínculos, etc.) A esto se agregó que, institucionalmente y en general, son las madres las identificadas y con quienes se trabaja. La extrema especialización de algunos programas hace que el padre adolescente sea abordado como estudiante, trabajador, joven en situación de calle, pero no como padre, aunque así lo sea.

A este problema se le sumó una característica de los adolescentes que de alguna manera incidió en la tarea: el limitado manejo del vocabulario, las dificultades en torno a la construcción de un discurso que tenga el yo como protagonista. Sin llegar a realizar una apreciación ontológica del lenguaje, se debe reconocer que las condiciones socio-políticas actuales, caracterizadas por una fuerte segmentación social, por un individualismo acérrimo y por una alta individualización de los problemas sociales, hacen muy difícil que el lenguaje una a los individuos (Bauman, 2003). Las condiciones de producción, distribución y consumo de los discursos también son altamente diferenciadas, lo que hace que la entrevista encuentre mayores dificultades para su realización, tal como prevé el Análisis Crítico del Discurso. Por tanto, más que historias de vida, se intentó crear espacios de encuentro para la realización de relatos de vida, respetando al entrevistado.

De acuerdo a las dificultades observadas y ajustes realizados, la muestra de adolescentes finalmente quedó conformada por once padres y nueve madres. El rango de edad de los varones entrevistados osciló entre 23 y 17 años. El de las mujeres entre 16 y 26 años. La edad promedio al tener el primer hijo/a fue de dieciocho para los varones y dieciséis para las mujeres.

3.3. PRESENTACIÓN BREVE Y VIVENCIAL DE LOS Y LAS ENTREVISTADOS/AS

Un rancho al lado de otro, uno encima de otro.(...) No tienen baños. ¡Cómo se naturaliza que no tengan baños! Los adolescentes se acostumbran a vivir sin baño, la gente se acostumbra...! (Operador de campo)

Se ha entrevistado a representantes de la adolescencia más desprotegida, que lleva adelante sus vidas como pueden y de la mejor manera que pueden hacerlo. Adolescencia para quien no está garantizada ninguno de sus derechos, lo que se vuelve más dramático si se piensa que siendo aún adolescencia han sido padres y madres y sus niños crecen también en tales situaciones. La autora se ha acercado, a las expresiones más duras de la pobreza, algunas de las cuales son apenas atenuadas por programas y servicios sociales que, más allá de objetivos y voluntades, no dejan de ser meramente paliativos. En la muestra no hay ejemplos de adolescentes provenientes de los dispositivos más duros de una protección de la infancia ya caduca. Sí algunos usuarios de servicios relativos al ingreso al mercado de trabajo. Pero dialogando con esta adolescencia pobre, se puede indicar que no son situaciones que transcurran en correccionales o institutos totales.

La amplia mayoría de los/las adolescentes estudiaban al momento del embarazo, más allá de hacerlo como «rutina» y sin expectativa en la mayoría de los casos. Estudian por «matar el tiempo». El centro educativo es un centro de reunión, socialización y de una integración simbólica más que real. Cabe destacar que ninguna de las parejas participó de programas específicos para embarazo en la adolescencia. En general, la adolescencia abordada, vive en barrios de origen obrero, pero sumamente estigmatizados por problemáticas asociadas a la inseguridad, pobreza. Viven en las zonas que rodean tales barrios en formas de asentamientos precarios. Otros pertenecen a barrios asociados a fallidas políticas de vivienda, hoy prácticamente edificios abandonados, donde las familias fueron ocupando los apartamentos y tratando de mantenerlos de la mejor manera posible. Pero en definitiva se trata de barrios periféricos, estigmatizados y que reúnen muy precarias condiciones de existencia. En otras palabras, estos adolescentes y sus parejas portan la identidad de la pobreza, de lo marginal y de lo «desviado». Se trata de adolescentes cuyas vidas son casi la sumatoria de aquellos rasgos asociados a la pobreza y que constituyen casi un estereotipo intelectual y político: niveles educativos que apenas sobrepasan primaria, no estudian, apenas trabajan y si trabajan lo hacen de manera esporádica o en ocupaciones que exigen muy poca calificación o formación, rara vez lo hacen de manera formal. Las adolescentes no trabajan, dedicándose a tareas de cuidado la mayoría de ellas.

En general estos adolescentes, si viven en pareja, lo hacen en la casa de origen de la adolescente mujer. Solo dos de las parejas viven de manera independiente. Las condiciones habitacionales son absolutamente insuficientes en términos materiales y subjetivos: una pequeña habitación de lata o madera unida a la casa de la abuela materna, en general. Las vidas de estos adolescentes, apenas traspasan los límites de sus barrios, es decir, su movilidad social, espacial y cultural es prácticamente nula. Los varones que trabajan de manera formal o continua se desplazan hacia el centro de la ciudad, aunque en algunos casos el trabajo se ubica de manera próxima al domicilio. La vida comienza y acaba en el asentamiento precario. No acceden ni circulan en su zona bienes culturales o simbólicos que hacen la universalidad de la ciudadanía.

4. RESULTADOS

Se ha optado, en este artículo, por seleccionar aquellos hallazgos que hacen a la experiencia de madres y padres adolescentes. Experiencias que sintetizan su subjetividad en prácticas concretas. Aspecto que es indicado como fundamental para avanzar en el tema, por Parada y García (2017)

Es obvio decir que el embarazo a edades tempranas ha sido históricamente feminizado, medicalizado y desexualizado (De Martino, 2016). Es decir, sexualidad adolescente y embarazo parecería que aún corren por carriles diferentes. No se habla de la necesaria separación entre búsqueda del placer y reproducción. Desde un punto de vista teórico, técnico y político, el embarazo a edades tempranas se desvincula de cómo los adolescentes y jóvenes viven y piensan su sexualidad. Y esto parecería ser así también luego del embarazo, porque ahora su condición es de «adultos».

Estos aspectos han hecho que la paternidad adolescente haya sido definida por lo negativo, por lo otro, diferente a la maternidad, ni siquiera complementarios (Parrini, 1999). La paternidad adolescente, por tanto, es difícil abordarla no solamente en su faz biológica (asociada al ejercicio de ciertos derechos reproductivos y sexuales) sino también en su faz social (formas y ejercicio de la paternidad). También abordarla en su faz ética no es fácil al intentar aplicarla a la adolescencia o juventud temprana, si tenemos en cuenta la perspectiva foucaultiana a partir de la cual, la vivencia de la sexualidad habilita la constitución de un yo autónomo, libre y ético, para sí y para la pareja en cuestión.

El material empírico permitiría deducir que tanto para técnicos como para los propios adolescentes, los discursos sobre sexualidad y reproducción se encuentran separados, sin relación, excepto en aquellas situaciones en que el/la hijo/a es señalado como un «hijo/a accidente», concebido a partir de una vivencia de una sexualidad que domina a la mujer y paralelamente le permite al hombre «alejarse» de lo potencialmente femenino.

Los sentidos dados al padre moderno, asociado al matrimonio y a una pareja heterosexual con roles claramente definidos han sido brevemente reseñados por Meler (2009a), quien los define a partir de las representaciones colectivas sobre el padre y la función paterna, que habitan diversas teorías psicoanalíticas así como elaboraciones mitológicas de diversas culturas. En primer lugar, la autora hace mención al Padre Terrible, al padre de la Horda, que ejerce su poder sobre las hembras de la misma, interceptando las posibilidades de los machos jóvenes. *El Padre Terrible* apeló a la violencia sobre hembras, niños y jóvenes. Solo matándolo es posible compartir su poder e omnipotencia y sobrevivirlo. Este padre es el analizado por Freud en *Tótem y Tabú* (1943). Es tal la necesidad de superar este Padre, su violencia y la usurpación por parte del padre de todo lugar posible para los/as hijos/as, que surge la Norma, la Ley. Surge de un pacto entre los hijos varones que deciden no usurpar a las mujeres de su horda sino darlas como esposas a los varones de otras, en una norma de dádiva o intercambio donde la dádiva siempre asume el género femenino como dominado. Este pacto es un pacto viril, en el que las mujeres no participan y no pactan, solo asumen. Surgiría así el tabú del incesto, paralelo al tabú del parricidio, que denotan el pasaje de un registro biológico a otro cultural. *El Padre Legislador* es aquel que, una vez superado el anterior, expresa y aplica la Norma que permite el crecimiento de todos los/as hijos/as. Psicoanalíticamente, además de establecer el

tabú del incesto, protege al hijo de la voracidad incestuosa de la madre, a partir de un vínculo de excesiva fusión. Aún cuando este Padre Legislador, esposo de la Madre Moderna, aparece como necesario para el crecimiento infantil, se diferencié el padre de la función paterna, o en palabras de Lacan, se diferencié el padre del «nombre-del-padre». El autor lo indica con claridad: «Hablar de nombre-del-padre no es de ningún modo lo mismo que invocar, como frecuentemente se hace, la carencia paterna. Hoy se sabe que un Edipo puede muy bien constituirse aun cuando el padre no está (1970: 47).

Solo en una sociedad en la que ya se había plasmado una figura paterna distante es posible que teóricamente pueda reproducirse intelectualmente este fenómeno. Es decir, Lacan reproduce teóricamente una tendencia ya sentada en las sociedades modernas: una familia nuclear, afectivamente dirigida por una madre –ama de casa– y un padre más preocupado por su rol de proveedor exitoso que de padre cercano, ausente casi todo el día por cuestiones laborales.

En la actualidad, con la vivencia de nuevas formas de masculinidades, se hace presente el *Padre Cuidador*. El padre presente, cariñoso, que día a día comparte las tareas de cuidado con la madre. La autora de referencia analiza las transformaciones en el espacio público que ocupan las mujeres, sus avances en torno a múltiples derechos y la diferente valoración que asume la maternidad, cuando ha dejado de ser una única opción para la mujer.

En tal contexto, plantea que más que «fagocitar» al hijo, el abandono sería el riesgo que implica la figura materna que ya no es ama de casa solamente. Más allá de esta interpretación, destacamos que la mujer parecería ser siempre acusada de abandonada o de simbiótica. Ante todos estos cambios en la condición femenina, la coparticipación masculina en los cuidados, la presencia más cercana y próxima del padre, pasa a ser un tema de agenda pública. Tanto Chodorow (1984); como Rubin (1975) así como Badinter (1993) lo plantean.

En tal sentido, la diferente ubicación de la madre en la «triada» freudiana, el papel más cercano que se pide al padre y que algunos de ellos lo asumen, hacen que Benjamin (1997) indique la importancia de las identificaciones cruzadas: niñas con padres; niños con madres. No es a la madre fálica sino a la femenina a la que los hombres deben acudir a la hora de la identificación de ciertos aspectos para asumirse como padres afectuosos y presentes. Así como las mujeres que trabajan fuera de su casa debieron asumir ciertos aspectos de sus padres a la hora de organizar su vida extra-doméstica o valorar su trabajo.

Estos aspectos brevemente referidos permiten analizar la propuesta de la autora como una lectura evolutiva de la paternidad, que se expresa en dimensiones biológicas, psico-sociales y en una ética de la sexualidad. Referirse a la expresión ética de la sexualidad, no significa una valoración dicotómica entre malo o bueno, normal o anormal. Se hace alusión a cómo la sexualidad adquiere la forma del dominio de sí a partir del control del deseo sexual masculino vivido y representado casi como incontrolable. Dominio que se ha logrado, como se desprende del texto de Meler (2009a) y con claras referencias foucaultianas, ejerciendo la sexualidad dentro de los parámetros del matrimonio y apostando a una ética que se ha dado en llamar como de *conyugalidad*.

Psico-socialmente, podría indicarse que la autora habla de una paternidad que procesa un movimiento evolutivo positivo. Sus «tipos ideales» así lo señalarían. La paternidad, en sus expresiones psico-sociales evoluciona desde un padre todo-poderoso y violento a un otro *interdicto*, que

introduce la Norma y la Ley ante las carencias de una figura materna asociada estrictamente a lo afectivo excesivo. Desde un padre proveedor, básicamente, y distante, hacia un padre presente, afectivo, co-responsable, de cierta manera más femenino. Desde un punto de vista biológico, la paternidad también evolucionaría en el pasaje de estos «tipos ideales»: desde una sexualidad que no «racionalizaba» la llegada de los/as hijos/as hacia una reproducción planificada y decidida por ambos cónyuges de manera más equilibrada; desde un derecho al placer solo masculino hacia otro democratizado. La década de los años 60 fue un parteaguas al respecto, en la medida que tales procesos se asocian materialmente con el surgimiento de la píldora anticonceptiva. La separación placer/reproducción es la síntesis clara de profundos cambios en las situaciones de vida de las mujeres.

Puede decirse que el contexto reproductivo adolescente analizado, difiere de tales lineamientos. El matrimonio no se encuentra investido social ni políticamente y la sexualidad y la maternidad/paternidad asumen otras expresiones, tanto biológicas, sociales como éticas. Alcanzar pensar con lo que se ha denominado «parentescos desordenados», es decir, ante la fragilidad de los vínculos adolescentes y la tendencia al reconocimiento legal de los/as hijos/as por parte de la madre (más allá de la presencia del padre), parecería que se reconstruyen parentescos matrilineales que confluyen en otras y nuevas líneas de parentesco, donde se superponen roles y funciones (De Martino, 2016).

Uno de los intereses que se posee es poder trasladar este marco analítico a las experiencias de la paternidad, vividas por adolescentes pobres urbanos haciendo una composición de lugar o mapeando ciertos escenarios en torno a las experiencias de la sexualidad, entendida como la forma en que el ser humano establece su experiencia con relación a ciertas normas y reconoce cierta obligación de respetarlas (Foucault, 1986:27-28).

Los sentidos dados al hijo/a, hablan de cierta manera del sentido dado a la paternidad en las tres dimensiones señaladas *ut supra*, ha sido una de las categorías que guiaron la recolección del material empírico, tanto a nivel de técnicos como de adolescentes. A ello se sumó la ética sexual desarrollada por estos jóvenes, según el párrafo anterior.²

4.1. LOS SIGNIFICADOS DEL/LA HIJO/A

Los significados imputados al hijo/a son tantos y variados como adolescentes hay. Pero de acuerdo a la opinión técnica recogida, se pueden establecer algunos modelos, como los siguientes y que constituyen la base inconsciente de por qué se es padre o madre y del por qué se necesita serlo. Este ítem es meramente descriptivo.

4.1.1 La paternidad o maternidad como acto reparador

Muchas veces es una forma de reparar su propia historia, ¿no? Bueno, «Yo fui abandonado, yo perdí el cuidado de mis padres de alguna forma. Pero yo no voy a hacer

² Esta perspectiva que aborda a los/las adolescentes como sujetos deseantes, permite la separación de una nueva forma de denominar el tema: embarazo no planeado o embarazo no intencional, que tienden a dessexualizar a los y las adolescentes y no otorgar un lugar preponderante al deseo, apareciendo la problemática como un error de cálculo dado los déficit emocionales de la adolescencia o juventud (Maque, Córdova, Soto, Ramos y Rojas, 2018).

lo mismo. Voy a tener un hijo y lo voy a cuidar». Después lo que se pone en juego cuando el hijo efectivamente está ahí, es otra historia. Pero muchas veces es lo que mueve. (Operador de campo).

Sullerot (1993) ha analizado los/as hijos/as de padres ricos y exitosos y llega a la conclusión que tales hijos/as se han vinculado más con el «personaje» que con la «persona concreta». Han idealizado a sus padres teniéndolos como figuras distantes. La autora no hace mención a los sectores populares, pero lo cierto es que muchas veces los adolescentes entrevistados hacen mención a un padre distante, un padre ausente u otras diversas adjetivaciones. Lo que ambas situaciones indican es que, al decir de la autora respecto a los/as hijos/as de padres exitosos, estos jóvenes llegan a su adolescencia y a su edad adulta con «hambre de padre». Este sentimiento lo han resuelto de la siguiente manera: ante la imposibilidad de modificar la situación respecto a su padre, satisfacen esa necesidad tan sentida, «por delegación», es decir, siendo padres presentes con sus hijos/as (Sullerot, 1993).

Nuevamente otra frustración, otro «fracaso» en sus vidas, la delegación en general fracasa, por la propia condición de adolescente y de adolescente sin recursos ni redes de contención. Por otra parte ese enamoramiento primario de la paternidad y luego del/la hijo/a deja paso al descubrimiento de otras necesidades y exigencias y al reconocimiento de no poder ser padre, cuidador y proveedor. (Gilmore, 1990).

Seidler (1997) cuando refiere a los impactos subjetivos de la paternidad, indica que la transmisión generacional que implica el-nombre-del-padre, permitiría a los padres elaborar sus traumas infantiles y reparar de algún modo sus vínculos internos con sus propios padres. Pero una actitud proactiva en la educación y formación de sus hijos/as, una presencia marcada conlleva también el riesgo de la repetición, en otras palabras, no aseguran poder sanar retroactivamente los vínculos.

4.1.2. La paternidad o maternidad como habilidad

Este significado es típicamente femenino. Las adolescentes, en general, han cuidado ya a familiares y hermanos. Y perciben esa experiencia como preparatoria a su propia maternidad. Es por ello que el embarazo parecería ser la culminación de un sueño: cuidar a algo propio, no tanto tener algo sino tener alguien a quien cuidar. Es decir, tener a alguien «suyo» con quien ejercitar lo que ha aprendido desde pequeña o ha visto que las mujeres de su casa y barrio realizan. El hijo o la hija que tendrá, también posee un significado que es clara impostura: parecería que resuelve dos faltas, la «de alguien propio a quien cuidar» y la de no ser mujer, pues se es mujer cuando se es madre, de acuerdo a lo que las adolescentes piensan, y no solo las adolescentes. El hijo o la hija permiten encontrar una breve respuesta sobre sí misma y lo que se es: «Soy mamá», anulándose otras posibles interrogantes o alternativas o la propia condición de ser mujer (Kait, 2007; Oviedo y García, 2011)

En el caso de las adolescentes, fueron mujeres a cargo de la familia, de sus hermanitos, entonces después les parece que eso es una capacidad, una habilidad y que pueden llegar a hacer algo mucho mejor, después la cuestión real, se les desmorona todo y no logran sostener (Operador de campo).

El modelo de maternidad o de mujer en tanto madre, es ser mamá de manera completa y absoluta, con dedicación casi completa a sus hijos/as, repitiendo las tareas de cuidado. Madre y mujer adulta son sinónimas. Al decir de Kait (2007) a partir de su larga trayectoria de trabajo como terapeuta con adolescentes madres y pobres, la adolescente: «cree que haciéndose madre asegura su identificación futura como mujer», con un desprendimiento extremo en algunos casos. Por ejemplo, al decir de una adolescente entrevistada:

(...) te respetan más porque al ser madre ya no pensás tanto en vos ...

4.1.3. El/la hijo/a catalizador de la violencia

El sentido otorgado al hijo/a expresa toda la complejidad de la paternidad o maternidad en la adolescencia o, como la realidad nacional lo demuestra, la complejidad de ser mujer en una sociedad que se disfraza de no patriarcal.

El embarazo es muchas veces la situación que desencadena vínculos violentos en un terreno ya abonado para ello. La mayor vulnerabilidad de la mujer, la propia tensión de las responsabilidades a asumir, la huida del padre adolescente y sus regresos esporádicos, en fin, de diversas maneras aquel control «cibernético» por medio del celular, da paso a otras formas más explícitas de violencia, no en todos los casos. Este problema, como se sabe, no se encuentra vinculado a la pobreza, sino que traspasa las clases sociales, en la medida que el sistema sexo/género o, para otros autores, el patriarcado continúa naturalizando el dominio masculino sobre la mujer.

(...) el embarazo adolescente es un momento de riesgo en vínculos signados por ciertos niveles de sometimiento o de machismo. No es un nuevo escenario de riesgo, sino que las situaciones de violencia se agudizan, por ejemplo, aparece el ejercicio de la violencia física durante el embarazo, cuando antes no estaba visible. Creo que hay un punto de partida, los varones pueden elegir ser papás, las mamás no, las gurias de alguna manera están y ese es un punto de partida. (Referente).

El embarazo a edades tempranas y la llegada de un/a hijo/a, en algunos casos, se torna en una situación compleja, donde los más vulnerables son madres e hijos/as. La racionalidad patriarcal se presenta con su máxima expresión. Reiteramos ante la necesidad de claridad absoluta en este ítem. Si bien la violencia en las parejas adolescentes existe y que muchas veces el embarazo se torna en una situación de mayor vulnerabilidad, es necesario no realizar una asociación directa y absoluta con el embarazo en la adolescencia, en la medida que hacerlo implica tener como punto de partida: 1.- que el embarazo adolescente es un problema; y 2.- que la violencia es patrimonio de las parejas adolescentes y pobres. No obstante cabe resaltar algunas opiniones al respecto, por parte de operadores de campo entrevistados: «(...) tema violencia...está salado»; «Impresionante: 99.99% de los casos»; «El control es impresionante, el cuerpo, el control sobre el cuerpo del otro. Lo que se pone o no, si va a la playa o si no va.»

4.1.4. El/la hijo/a salvador o hijo pasaporte

Este significado también acarrea dosis de problematicidad para el niño pequeño y la construcción de su identidad. Recibe un mensaje claro: su padre (o su madre) viven gracias o a través de él. Si la reparación de los vínculos con el padre era «delegada» en la paternidad, en este caso parecería que la vida es «delegada» en el niño, por lo menos discursivamente. El/la hijo/a es

una nueva oportunidad de vida, o la posibilidad de huir de una vida malsana (abuso, violencia). El/la hijo/a no repara, el/la hijo/a permite salirse de un lugar de mayor opresión, no importan por cuánto tiempo sea la eficacia de la «salvación». El/la hijo/a salva y ordena la vida. Cabe destacar que en tales situaciones muchas veces el/la hijo/a permite nuevas actitudes relativas al cuidado de sí, al reconocimiento de derechos, en otras palabras, abre un espacio para construir la vida con ciertos rasgos diferentes. O, por lo menos, se apuesta a ello. Y es que el/la hijo/a salvador viene en situaciones donde ya «no queda nada»: se ha perdido todo por el consumo, por ejemplo, o se está por perderlo en situaciones de extrema vulnerabilidad donde la vida de la madre adolescente, por ejemplo, ha pasado a tener solo un valor de uso en la interna de su familia de origen.

Yo he visto situaciones en las que el niño viene como un salvador, con todo lo que esto tiene de costo para el niño. En situaciones de extrema vulnerabilidad, de consumo, el niño para a ser como un motor para el autocuidado. En situaciones de abuso, el niño pasa a ser quien delata el abuso, lamentablemente. Por lo tanto si se pone en evidencia, ¿qué sucede?, se suspende el abuso. El niño no le recuerda al abusador, le recuerda el fin del abuso, no el abuso, ¿se entiende?. (Referente)

El/la hijo/a también se concibe como una suerte de pasaporte desde otra perspectiva. Cuando permite que su madre o padre accedan a determinadas políticas asistenciales mínimas o básicas. No se trata de una racionalidad económica que fundamenta la decisión de tener un hijo/a. Esto no se observa en las entrevistas ni es destacado por los técnicos ni operadores. La autora solo indica que la maternidad o paternidad, cuando permite acceder a ciertos programas o servicios, transforma a ese niño en la «llave» de la puerta de ingreso a la protección social. Como lo señala una referente:

A veces implica no quedarse en la calle sino en una casa. Además de ingresar a un sistema de protección: ciertas políticas y beneficios sociales. Pero también una red de protección familiar un poco más consistente, a veces. (Referente)

4.1.5. El/la hijo/a como dádiva

Este hijo/a «dado», «regalo», se asocia con toda una tradición antropológica sobre el sentido y el género de la dádiva. Diversos estudios antropológicos han señalado que las mujeres eran la dádiva o regalo por excelencia, en la medida que eran dadas en matrimonio a los hombres de otras hordas. Ya se ha hecho mención a ello, cuando se habló del pacto viril entre el Padre Terrible y sus hijos varones que luchan por una visibilidad social.

Pero lo que aparecería en el material empírico de esta investigación, no es exactamente un pacto viril sino un pacto entre hombre-mujer, donde no puede asociarse tan fácilmente la pasividad con la adolescente y la acción con el adolescente. En algunas ocasiones el/la hijo/a es pedido por él, como se desprende de algunas entrevistas. En otras, por la mujer. Y en muchos casos es fruto de una decisión más o menos dialogada, planificada o sentida por ambos. Pero aún así, el «hijo como dádiva», en acuerdo con Strathern (1988), expresa una suerte de igualdad entre los géneros en términos de negociación, por tanto se acerca a una racionalidad mercantil, como dice la autora, donde la «reificación» de personas y relaciones se encuentra en consonancia con una economía que denomina mercantil. No es una *dádiva sexuada*, como en las

sociedades cuya economía se basa en intercambios o exclusivamente en dádivas. Como ya se ha visto visto, estos niños en general son medianamente «pensados» y, aunque se exprese el «don» masculino de «dar», la adolescente no busca pasivamente ese hijo/a, sino que a partir del «pedido» de un hijo/a sabe que ocupará otro lugar social, el de madre y mujer, aunque sea esto una impostura político-cultural.

En otras palabras, parecería que a través del/la hijo/a «dado» o «pedido» sopesa el valor que tienen, uno para otro, como personas y no un mero intercambio recíproco como plantea Malinowski (Strathern, 1988). En definitiva, la negociación implica también el acoplamiento de dos voluntades, generizadas y diferenciadas y que asumirán papeles sexuados y diferentes. El/la hijo/a como dádiva se asocia a ese deseo de ser mamá o papá, es lo que imprime su búsqueda, más que la «función» o «poder» que se le inviste cuando se lo «siente» - consciente o inconscientemente - como salvador o reparador. ¿Pero cuál es la diferencia entre este/a hijo/a como dádiva o intercambio y el/la hijo/a que salva, repara o permite la protección social? El/la hijo/a como dádiva, está fuera de todo tipo de relación costo-beneficio. Torna a la pareja, que es adolescente y pobre, como personas valiosas entre sí. Y ese valor, esa serpreciado para otro, es trasladado muchas veces a un nivel de mayor profundidad –en el entendido de estos adolescentes– es amorosa, relativamente estable y prolongada, claro está, de acuerdo a los parámetros actuales donde el tiempo se consume rápidamente³.

4.1.6. El/la hijo/a/a como experimento

Por último, llama la atención la presencia de un discurso sin sustento racional, aparentemente. No se puede explicar solamente por las carencias materiales y la necesidad de algo propio. También es un discurso femenino. Algunas adolescentes hablan de querer saber qué se siente al ser madre. Tal vez sea una variante de la maternidad como habilidad o destreza. Pero en este caso hace referencia a algo corporal, material, concreto, y también a ciertas emociones vividas y asociadas más al embarazo que a la maternidad en sí. El asumir el lugar social de mujer/madre no es colocado como lugar de respeto o falsa autonomía. Se hace énfasis en los sentimientos provocados por la maternidad: ¿Qué se siente?

Podría interpretarse esto de la siguiente manera. Se dijo con anterioridad que el tener un niño de cierta manera responde a la pregunta ¿Quién soy yo? Cierta intuición intelectual, haría pensar que esta maternidad guiada por la experiencia neta, apunta más bien a ¿Cómo soy yo?

Tal vez esta actitud refiera a una búsqueda de algo que se ha dado en llamar, en palabras de la autora, bondad personal, en contextos donde el mensaje que se recibe es que la vida propia no vale mucho. O, en el extremo, la búsqueda del castigo, pues si no valgo nada, tal vez no merezca vivir, por ejemplo, en el caso de la adolescente portadora de VIH a la que hace mención un equipo de operadores al que hacemos referencia a continuación:

(. ...) porque nosotros tenemos también una adolescente con VIH que se contagió porque también quería saber qué se sentía al estar embarazada. Su discurso era ese:

³ Con respecto a la dádiva, existe amplia tradición antropológica al respecto, que ha sexuado la misma (Strathern (1988)). Dada la amplitud y complejidad de las obras, se intenta no ser irrespetuosa con tal tradición. Solo se trae a colación algunos elementos.

«Quería saber qué se sentía». Y sabía que la pareja tenía VIH, que se iba a ir del país pues era extranjero, en fin, todo se habló, todo se trabajó... en fin. (Operador).

A modo de resumen, se puede indicar que, independientemente a los sentidos dados al hijo/a, existe un proceso que es común a todos. La reificación del niño, como dádiva, como salvador o la personificación del mismo como agente reparador, son los mecanismos materiales y simbólicos por medio de los cuales la paternidad cobra significado o se construye. Parecería que subjetivamente los y las adolescentes necesitan profundamente que su relación afectiva o amorosa, se objetive en algo específico, en una forma específica: el/la hijo/a y la paternidad o maternidad, en las tareas concretas que conllevan. En otros casos, el niño es un mero accidente del ejercicio de una sexualidad que no tomó los recaudos necesarios.

En la vida concreta, la identidad frágil adolescente, por más débil que sea, se revela en las acciones llevadas a cabo por diversas motivaciones. Y tales acciones se llevan a cabo con o en interacción con otro: en el tema que preocupa, debería pensarse primariamente en la pareja o relación establecida. Por tanto, cada situación es particular, única e irreductible a otras futuras. En tal sentido, y en términos de políticas públicas, nunca futuros embarazos podrán tomarse como fracaso de la política. Porque cada embarazo es fruto de particulares relaciones y motivaciones y de identidades que se modifican con el paso del tiempo. Además porque las acciones y decisiones político-programáticas y su racionalidad económica no están en consonancia con el mundo afectivo y social de estos adolescentes ni tampoco a la altura de sus pésimas condiciones de vida.

4.2. SOBRE LAS DIMENSIONES DE LA PATERNIDAD

El sistema sexo/género es abordado aquí muy especialmente como todos aquellos dispositivos que hacen parte de la constitución temprana de la subjetividad. Hablar de sexualidad masculina y paternidad es hablar de las representaciones sociales que las predeterminan. O, en palabras de Connell (1987) de aquel orden de género que coloca a nuestra disposición todo un inventario de ideas, representaciones y conductas consideradas, por un orden social determinado, como pertinentes y adecuadas para cada sexo. Tal orden de género y sus inventarios son producto de las prácticas políticas y sociales de nuestras generaciones precedentes. Objetivadas en normas, instituciones, reglas, expectativas, regulan las conductas de hombres y mujeres desde su infancia. Este orden de género patriarcal que caracteriza a la sociedad uruguaya obviamente atraviesa y se anuda en los sentidos dados al hijo/a. Así, se señala, en una primera lectura, que la sexualidad femenina históricamente ha sido asociada a «recibir» los flujos masculinos y «retener» al hijo/a, socialmente se asocia a la subordinación, bajo las figuras de entrega, donación, sacrificio y cuidados. Existen avances, obviamente. Pero lo dicho es así en los testimonios recibidos: la posición de dominio del varón se expresa socialmente, en ese «dar», «expulsar», dar el/la hijo/a a la mujer que es su pareja, como ya se ha visto. Pero también es cierto que otras parejas han dialogado y mínimamente negociado el embarazo, llegando a un acuerdo que habla de relaciones de género de cierto modo un poco más equitativas.

Tal vez una distinción en la vivencia de la sexualidad adolescente, además de su carácter inaugural y novedoso, es que oscila entre la infancia y la adultez, entre lo vulnerable y lo fuerte, o como indica Meler (2009b:159) «entre el desamparo infantil y el poder atribuido a los adul-

tos». Las posturas ante el/la hijo/a luego nacido y la paternidad que se ha dado en llamar, por parte de la autora, como *nula o fragmentada*, por decirlo de alguna manera, son expresión de la tensión indicada por Meler (2009b). En este contexto reproductivo analizado, la paternidad masculina biológicamente entendida, se expresa por una serie de elementos que se sintetizan a continuación.

En primer lugar cabe destacar que de acuerdo a la bibliografía consultada, para los adolescentes el ejercicio sexual aparece como una práctica alejada del afecto, como expresión de virilidad extrema, como elemento que refuerza la identidad masculina, al confirmar no ser homosexual ni mujer, como ya se ha dicho. Pero el material empírico recogido permitiría pensar que esto no se adecua a la mayoría de las situaciones analizadas. El/la hijo/a es, como ya se dijo, medianamente buscado, dentro de relaciones consideradas de «novios» que poseen cierta historia o «tiempo». Hay situaciones donde esto se refuerza a partir de una ética de la virilidad estrictamente hegemónica.

En la mayoría de las historias que nuestros interlocutores contaron con amabilidad y apertura, el sexo deviene de relaciones más o menos estables y prolongadas, en una percepción del tiempo muy acotada claro está. En muchos discursos el ser pareja durante seis meses ya es un indicio que la pareja está en condiciones para la paternidad y la maternidad. Pero en general los adolescentes hablan de relaciones consolidadas que permiten investir no solo eróticamente a la pareja sino investirlos como padres potenciales, también en una situación de tensiones ambiguas. Pues es cierta la preocupación por el desempeño, por el estar a la altura de lo que se espera de un hombre, en fin, una serie de características vinculadas a los padrones sexuales masculinos hegemónicos que hacen que la sexualidad sea, muchas veces, el desempeño de un rol. Al decir de un adolescente sobre la sexualidad y sus sentidos: «(...) aunque suene así un poco a machismo, si con 17 años no me sobran mujeres estoy en el horno ... (risas)...».

Del mismo modo, el/la hijo/a como dádiva, coloca a la mujer en un lugar simbólico históricamente tradicional: extractora de semen, de energía, aunque no se verbalice (Seidler, 1997). Gilmore (1990) en obra ya citada, indicaba que el hombre es evaluado por su potencia sexual y su capacidad de fecundar a la mujer. En situaciones donde el proveer es algo prácticamente vedado, el fecundar, como ya se ha visto, tal vez sea una de las pocas formas de consideración y estima de la figura masculina, en un tramo de edad donde la afirmación personal es sumamente necesaria. Parecería además que existe una fuerte falta de comunicación en torno a la sexualidad, tanto entre la pareja –al respecto las personas entrevistadas dicen que no hablan sobre el tema y los técnicos expresan similar evaluación–. Pero, de acuerdo a lo señalado por uno de los operadores entrevistados, como ya ha sido indicado, existiría por parte de los adolescentes una suerte de preocupación por ser percibida como sin deseo, o «decente» o como mujer que une sexo y amor. Esto también es relativo, ya que en el conjunto de entrevistadas, hay adolescentes que han tomado toda la iniciativa, tanto para conocer a su pareja, relacionarse con ella, iniciar la convivencia, etc.

Un atributo asociado a la masculinidad biológica y que parece desdibujado en las situaciones a las que se pudo abordar, es que la seducción no aparece como forma de ganar prestigio masculino, sí el hacerse cargo de los/as hijos/as, que dotaría a estos adolescentes de hombría, además de su condición masculina (Fuller, 2000). Del mismo modo, la represión de la afecti-

vidad no se percibiría en estos varones jóvenes, especialmente en relación a los/as hijos/as con quienes establecen relaciones casi fraternales. Estos atributos asociados a la masculinidad hegemónica parecerían estar atenuados, no porque el repertorio del sistema sexo/género sea diferente, sino por la edad por la que atraviesan. El ser adolescente tal vez explique más que la clase y el género estas características.

No obstante vale la pena recordar la tendencia al control de la mujer, al control de su cuerpo, es decir, dónde está, con quién y cómo está vestida, son tres preguntas frecuentes a través de diversos dispositivos electrónicos. Tal expresión social de la sexualidad masculina dominante expresa también el costo que deben pagar estos varones para dar cuenta de la figura masculina imperante. Su inversión narcisista se agota en mantener y reproducir tal figura. De esto habla Seidler (1997), haciendo referencia a mantener tal masculinidad biológica que sustente el dominio social y por tanto la masculinidad social. Socialmente, este tipo de paternidad biológica –que hace alusión clara ciertas expresiones ideo-interpretativas del ejercicio de la sexualidad– se asume en acciones sociales e interpretaciones sociales. Desde la perspectiva de las adolescentes, se ha reiterado su asociación fortísima a las tareas de cuidado, desarrollando fuertes influencias en el ámbito privado, no así en el público donde se encuentran profundamente limitadas en el ejercicio de cualquier tipo de poder o derecho. Es prácticamente nula la participación masculina en tareas de cuidado, siendo más presente cuando la pareja convive.

Si bien esto es así, también lo es que los adolescentes encuentran muchas dificultades para sobresalir en el ámbito público. Estrictamente estamos hablando de encontrar y mantener o sostener un trabajo estable y bien remunerado. Paralelamente su influencia en el ámbito doméstico es menor. Esta masculinidad retraída, ese rol de proveedor sumamente diluido expresaría posibles fuentes de frustración a las que debería prestarse atención. Muchos de estos aspectos los tornan invisibles ante el Estado en tanto padres (Jayo, 2017)

La paternidad en su expresión social posee un elemento que ameritaría ser objeto de reflexión. Ya se ha insistido respecto a la escasa o nula participación de los jóvenes en tareas de cuidado. El domicilio matrilocal no es ajeno a ello: el sentirse ajeno en casa de los suegros, el sentir que debe pedirse permiso, es algo que coarta la iniciativa y espontaneidad. Pero lo que también debe considerarse es la capacidad de estos varones jóvenes o adolescentes para colocar límites a sus hijos/as, o en otras palabras, desempeñar la función «de corte» introduciendo la norma y ley cultural. En otras palabras, se pone en duda la capacidad de interdicción paterna.

En las entrevistas realizadas, cuando se observa el tipo de vínculo espontáneo de estos adolescentes padres con sus hijos/as, es un vínculo basado en el juego donde el padre se infantiliza y a la hora de límites (que el niño no suba una escalera, es una situación muy simple que se ha observado) se invoca a la autoridad materna. Este punto merecería más atención para poder complejizarlo. Esto habla de otra triada, no la típica edípica, donde la madre parecería ejercer cierto poder derivado del cuidado, por tanto, del «conocimiento» del niño o por estar muchas veces sola ante toda responsabilidad, más allá de la convivencia.

Seidler (1997) indica que el padre interdicto, es posible cuando los padres son conscientes o rescatan sus propias necesidades. En palabras de Meler (2009a: 291): «...para limitar la omnipotencia infantil se requiere, de acuerdo a estas posturas, adoptar una posición de rival, donde

se percibe al niño como competidor por bienes escasos, tales como el tiempo, el esfuerzo, el descanso o la atención de la madre».

Que el padre esté mejor dotado para colocar límites es también una construcción ideológica, asociada a su «fuerza», «menor capacidad para el sacrificio», etc. Pero lo cierto es que en las situaciones analizadas se ha observado madres con fuertes tendencias a la «apropiación» del/la hijo/a, como fuera reseñado, desempeñando papeles de relevancia y a padres adolescentes o absolutamente alejados o que sostienen de la manera que pueden la paternidad y la vida. No son estos padres, hijos/as de la nueva modernidad. En tal sentido, y teniendo como base y trasfondo una pobreza límite, nada más alejado que aquel panorama descrito por Freud (1984) con relación al niño como Su Majestad. Más se acerca a una experiencia, a un rol instrumental, a un objeto propio y a un mandato asumido y materializado. O a una gran aporía e impostura, respecto a los y las adolescentes, donde el/la hijo/a es un certificado de adultez e identidad sexual plena para mujer y hombre. En tales imposturas e aporías, participa toda la sociedad (política pública, elaboraciones técnicas, medios masivos de comunicación, políticos e intelectuales) y se hace participar a los adolescentes.

Lo que se quiere señalar es ¿dónde se ancla la legalidad de la paternidad de estos adolescentes? También cabe preguntarse ello para las adolescentes, pero por falsa conciencia, parecería que en el caso de las mujeres, es más evidente su papel de madres. Sin pretender agotar el tema, se trae a este diálogo a Tuber (1997:78) que critica las construcciones lacanianas respecto al nombre-del-padre, indicando:

Así tenemos por un lado al padre sublime, al gran hombre, al pacificador y por otro, al padre que exige la obediencia ciega a su autoridad y una creencia absoluta e incuestionable. En consecuencias, la función paterna no puede transmitir solo el principio de la razón, sin acarrear igualmente la crueldad y la irracionalidad.

Esta concepción del padre simbólico se relaciona con un contexto en el cual el hombre se adueña simbólicamente del origen materno de la vida. Es decir, se asocia históricamente con una paternidad y maternidad en la que el origen materno de la vida ha sido expropiado por el padre, a partir del linaje patrilíneo. Además es claro que una madre afectiva, nutricia y un padre que ordena y coloca límites reproduce la división sexual del trabajo industrial y las «esferas» de la producción y reproducción.

Pero como ya se ha visto parecería que el parentesco y la filiación se ubican matrilinealmente. El origen materno no es el que se oculta, en estos casos y no solo en estos, también en el mundo adulto. Si bien no se poseen respuestas, debe pensarse cómo se desarrollan las funciones nutricia y de corte en estas parejas adolescentes, inestables y frágiles. Siempre habrá en el contexto familiar alguien que las desempeñe o complemente, más que la presencia importa que la función se cumpla, pero lo cierto es que los sentidos otorgados a los/as hijos/as, a partir de las carencias materiales y afectivas de ambos, padre y madre, hacen que las condiciones de ejercicio de estas paternidades y maternidades en la adolescencia deban ser pensadas desde otra perspectiva.

No es pertinente analizar estas situaciones para luego abordarlas en tareas de acompañamiento, desde una perspectiva clásicamente asociada a la triada edípica o a las funciones paterna y materna. La propia condición adolescente, que no debe perderse de vista ni dejar de ser

ejercida, explica las debilidades al respecto. Son adolescentes que no son conscientes de sus necesidades ni aún las han elaborado, cuando ya son responsables de la crianza de un niño/a.

Este aspecto es fundamental a la hora de pensar el tema y las formas de abordarlo. Por eso la propuesta de biografiar el embarazo en la adolescencia y no que la adolescencia de los padres lo adjetive como un embarazo ya problemático por ser «adolescente» (Parrini, 1999). A esto se suma, socialmente, la figura de un padre proveedor frágil, con escasa presencia y una madre que apunta a la apropiación, esto es, asume la impostura de una adultez socialmente obligada cuando ambos padres son y deben ser aún adolescentes como decíamos. Desde una perspectiva netamente psicológica se plantea toda una línea de trabajo que hace al niño pequeño: los valores asignados los colocan en un lugar de omnipotencia o colocan en ellos mensajes o responsabilidades muy fuertes. Ello hace a una conjugación de componentes psico-sociales que no son fácilmente aprehensibles ni abordables. Ser consciente del valor asignado al/la hijo/a por cada padre o madre ya es un avance para todo equipo que pretenda acompañar procesos en estas circunstancias.

Por último, Foucault (1986) otorga al ejercicio de la sexualidad la capacidad de constitución de un sujeto libre y ético, a partir del reconocimiento del otro/a, con igualdad de derechos, objeto y sujeto de liberación del self. Si retomamos tal concepción, a nivel teórico el ejercicio de la sexualidad (y de la paternidad/maternidad tal como ha sido explicado) se asocian en un proyecto de constitución del yo que el autor establece de la siguiente manera:

«En esta moral de hombres hecha para los hombres, la elaboración de sí como sujeto moral consiste en instaurar de sí a sí mismo una estructura de virilidad: solo siendo hombre frente a sí mismo podrá controlar y dominar la actividad de hombre que ejerce frente a los demás en la práctica sexual. Aquello que debe tenderse en la justa agonística consigo mismo y en la lucha para dominar los deseos es el punto en que la relación de sí se volverá isomórfica a la relación de dominación, de jerarquía y de autoridad que, a título de hombre y de hombre libre, se pretende establecer sobre los inferiores, y con tal condición de «virilidad ética» es que se podrá, según un modelo de «virilidad social», dar la medida que conviene al ejercicio de la «virilidad sexual». En el uso de sus placeres de varón, es necesario ser viril respecto de uno mismo, como se es masculino en el papel social. La templanza es en su pleno sentido una virtud de hombre.» (1986:81).

Esta conformación histórica de la virilidad, que el autor no separa de ciertos atributos de lo que posteriormente Connell (1987) denominaría masculinidad hegemónica, se ha detectado en aquellas situaciones donde se unen algunos factores: 1.- una edad un poco más avanzada de los padres; 2.- parejas que conviven de manera más o menos estable; 3. que cuentan con un mínimo espacio propio, por mínimo que sea, para ellos y sus hijos/as; 4. como obvia derivación de los atributos masculinos de virilidad, los padres y en algunos casos las mamás, poseen trabajos estables, dentro de la precariedad o nivel salarial que caracteriza al conjunto.

No es novedoso lo que se indica, se trata de una sexualidad y paternidad/maternidad ejercidas a partir de aquella *ética que la autora denomina de la conyugalidad y que habilita también una ética de la virilidad*. Se subraya que no es un juicio de valor, sino que algunos de los entrevistados, constituyen un ejercicio de la sexualidad y la paternidad que consideran ético,

o sea, consideran necesario que su experiencia sexual y paternal se asocie a estas normas: dentro del marco de una pareja estable y que convive. La constitución de su virilidad pasa por ello, en sus experiencias particulares. Son aquellos jóvenes entrevistados, que viven con sus parejas de manera continua y estable, que han sido padres con pocos años más –en torno a los 19– y que comparten un espacio que otorga un poco más de independencia, los que se acercan a este proceso señalado por el autor. Parecería ser que la llegada del o los/as hijos/as han provocado esta conjunción entre virilidad ética, sexual y social, respetuosa de los padrones hegemónicos. Se trata de escenarios un poco más estables, con funciones y roles parentales un poco más definidos o claros, aun dentro de condiciones objetivas de vida sumamente limitadas. Los trabajos son también más estables, aunque sumamente precarios y de ingresos absolutamente insuficientes. Son jóvenes que han procesado de manera menos dilemática su ingreso al «mundo adulto». Más allá del futuro de la relación de pareja se han instalado ya en la vida como «padres de». Son parejas que poseen un mínimo apoyo familiar material –un terreno, construcción de una pieza, etc.– y afectivo. O sea, el mundo adulto, en la figura de familiares, se hizo presente de una manera habilitadora, aunque no exenta de dificultades.

Se destaca que en estas parejas el/la hijo/a no ha sido una *dádiva*, tampoco un salvador o un pasaporte. Volvemos a resaltar que no hacemos juicios de valor, solo estamos señalando que parecería que son hijos/as corolario de una relación amorosa que se considera ya prolongada, por tanto convivir y tener hijos/as es el siguiente paso. En el marco de una vivencia del tiempo muy acelerada.

Son adolescentes que provienen de familias que, aún con dificultades, han mantenido cierta estabilidad en el tiempo, aún cuando la figura paterna no sea el padre biológico exactamente, y en las que existe, más allá de las condiciones de trabajo, una actividad laboral permanente, una trayectoria estable, incluso dentro de la órbita estatal. Estas familias de origen, si bien son más por línea materna, están presentes y mantiene abiertas ciertas posibilidades de diálogo. Aunque nada es fácil cuando el mundo adulto y el adolescente conviven además con una paternidad o maternidad ejercida en la adolescencia. Se superponen roles, se tutela la paternidad o maternidad, los espacios físicos para la intimidad son muy limitados. Situaciones que ya son sabidas, no solo por la literatura consultada, sino por la práctica profesional que los lectores desarrollan.

En estas parejas la figura del padre, más allá de limitaciones, se acerca a la del padre legislador, con apoyaturas funcionales de otras personas con las que convive, en alguno de los casos.

Otras situaciones la componen aquellas parejas para los cuales constituir una pareja y, como corolario, tener un hijo/a, los ha «asentado» en la vida, les ha «dado un lugar», un espacio afectivo donde ser para sí y para esos otros que poseen gran significación afectiva. Existen una gran inversión e investimento afectivo tanto en la pareja como en el/la hijo/a. No se trata del/la hijo/a reparador, sino de alcanzar un espacio socio-afectivo que exprese su «Yo soy», «Estoy aquí», etc. Más que la paternidad, la construcción de una familia tipo, como refugio afectivo en un mundo hostil, es la tónica de sus deseos y acciones. La paternidad, el/la hijo/a, es corolario, pero no elemento fundante de la relación familiar que se establece. *La ética que caracteriza a este tipo de paternidad es la de la conyugalidad, sobre la de la virilidad.* Son padres presentes que en general delegan las tareas de cuidado. La posterior evolución de estas

parejas varía: permanecen juntas o se separan, pero se destaca que la llegada del/la hijo/a, en estos casos ha sido planificada, luego de un período de noviazgo que estos adolescentes en algún momento consideraron suficiente para consolidar la pareja. En las situaciones analizadas los tiempos varían desde nueve meses a cuatro años, en contextos donde la vivencia del tiempo es voraz. Las formas de familia siempre se asocian, en estas situaciones, a la pareja monogámica y conyugal. En general estos padres y madres provienen de familias de origen, de orden nuclear, pero con conflictos vinculares muy importantes, donde en algunos casos los padres han desarrollado figuras delictivas. Las trayectorias laborales son erráticas. Los vínculos amorosos confusos.

Otro grupo lo constituyen aquellos que, viviendo de manera distante de sus hijos o hijas, problematizan esa situación y sienten el peso de no haber podido superar a un padre ausente y que ha dejado su mella. Son situaciones claras donde el sentido del/la hijo/a es reparador. No tiene condiciones objetivas para desempeñar una paternidad que la conciben desde la autoridad, la cercanía y el traslado de la experiencia. Desarrollan relaciones sumamente conflictivas con la madre de los niños y aparece la figura femenina de la suegra, también como portadora de males posibles. El papel de proveedor es puntual, más allá de los esfuerzos, pero tratan de mantener un vínculo cercano con sus hijos/as. Son situaciones donde se hace presente *la ética de la virilidad en un contexto donde la conyugalidad, también asumida en un momento, no ha podido ser sostenida*. Se trata de situaciones donde además se expresa la necesidad de compartir los cuidados, dentro de los límites que implica la separación de la pareja amorosa.

En estas agrupaciones de situaciones, los adolescentes hacen presentes las dos interrogantes fundamentales a la hora de llegar al mundo adulto, señaladas por Freud: el amar y el trabajar. Estos adolescentes lo plantean aún desde su condición no adulta y en sus limitadas condiciones materiales de existencia.

Por último, se detectan situaciones donde los padres apenas asumen su paternidad como mínimos proveedores, deslindando responsabilidades o llevando adelante acompañamientos puntuales. Son situaciones donde el/la hijo/a dádiva se hace presente, por ejemplo, pero reproduciendo la dominación masculina y no el poder negociador de los dos sexos. Son situaciones también donde el/la hijo/a es un «accidente» y se da fuera de una relación afectiva y a partir de una sexualidad machista y «ganadora». Son situaciones donde no se observa una ética de la hombría o virilidad como se ha entendido hasta ahora. Se trata de una *ética masculina hegemónica profundamente poco respetuosa de lo femenino*.

Las familias de origen muchas veces son familias nucleares, con trayectorias laborales estables, sin problemas profundos aparentemente. Sus padres son obreros, sus madres empleadas o amas de casa. Traen a colación diálogos mantenidos con sus padres a lo largo de sus vidas. En fin, en tales casos, pesa el/la hijo/a como accidente y en los discursos se plantea una ética de la virilidad y de la conyugalidad, como norte y orientación de vida, pero que no se sostiene en estas situaciones concretas de paternidad. Discursivamente, entonces, en este último grupo, hay adolescente que quieren asumir su paternidad y tratan de hacerlo, marcados por una *ética de la virilidad* en este aspecto, es decir, la templanza, el yo, se expresa más en la paternidad que en la segunda.

Intentando ser clara respecto a las situaciones que se han mapeado, la autora considera pertinente realizar algunas otras observaciones. No debe olvidarse que se han conocido adolescentes que, siendo sujetos de derechos especiales por tal condición, deben asumir responsabilidades del mundo adulto, que además les exigen comportarse como tales, cuando deberían continuar siendo, de alguna manera, adolescentes. Por otra parte, conforman y son modelados por un orden social patriarcal y asumen diferentes aspectos de los inventarios de género de la sociedad uruguaya: subordinación femenina, ser hombre es ser padre, la mujer debe dedicarse a tareas de cuidado y el hombre a ser proveedor y muchos rasgos más que cada lector identificará a partir de sus prácticas socio-políticas y profesionales. Pero lo cierto es que la mujer adolescente madre carga con una mayor soledad y aislamiento.

Por último, la autora pretende colocar algunas interrogantes que se plantean desde esta conjunción biológica, social y ética de la sexualidad y paternidad en la adolescencia.

Parecería que la perspectiva freudiana se hace más presente en aquellas situaciones donde *ética de la virilidad y conyugalidad* coexisten. Donde las funciones paternas y maternas parecerían estar más claras. Tal vez allí, de acuerdo a Freud, el padre varón vea como rival potencial a su hijo/a, como su competidor. Pero lo que cabe destacar es que los sentimientos de rivalidad no dan cuenta de los sacrificios y sentimientos encontrados de la madre. Se fijan en esa diada, en el/la hijo/a rival, pero no en la esposa exigida por el niño (Meler, 2009a: 353-354). Estos jóvenes parecería que, aunque de manera frágil, pueden asumir la figura del Padre Legislador, del padre tradicional, que se interpone entre la fusión del niño y la madre omnipotente y narcisista a nivel teórico. Se han observado juegos pero también la colocación de límites claros cuando interactúan con sus hijos/as, además de la definición de espacios «adultos» e «infantiles» de manera muy precaria ya que sus «casas» también lo son. Por tanto, ni la adolescencia ni la pobreza estarían definiendo per se la conformación de estas identidades masculinas y conformaciones familiares. Existe un proceso que es profundamente cultural y psicológico, pero que hace a la manutención de un orden social profundamente injusto y sexista, aún dentro de esa ética viril y conyugal.

Desde otra perspectiva, se podría preguntar si en aquellas situaciones donde la autoridad paterna se encuentra deteriorada, o se observa la ausencia del padre como cuidador cercano, no podría fomentarse la erotización del vínculo madre-hijo/a (Meler, 2009a). De alguna manera los técnicos lo aprecian, intelectualmente lo intuyen, pero no logran definir con exactitud: «ese apego extraño»; «en el que todo pasa por el cuerpo»; un vínculo donde la madre es la única gran dadora, ya que ser madre es solo «dar mañas».

5. CONCLUSIONES PARA EL DEBATE

Parecería, de acuerdo a diversos autores ya citados, que no solo en América Latina se han instalado diversas formas de paternidad, que superan la figura del Padre Terrible. Así, el padre interdicto que resuelve la compleja situación edípica, convive con aspectos de padres cuidadores y amorosos. Esto obliga, como ya fue indicado en el capítulo destinado a género, a superar lógicas binarias.

Pensar complejamente desde la perspectiva de la autora, no es simplemente pensar en la diversidad. Sino también pensar en los contextos socio-históricos a partir de los cuáles han surgido

ciertas formas de comprensión de estos temas. Es entender el contexto de construcción y validación de ciertas formas del pensamiento teórico, en otras palabras, asociar la producción teórica a su contexto de génesis. Lo real y la forma como el ser humano lo piensa, la relación entre consciencia y existencia, la conciencia que el humano adquiere de la «cosa», en sentido filosófico, es lo que habilita a pensar en clave de diversidad, complejidad, o, en palabras que se consideran más adecuadas, en clave de totalidad, aunque sea como horizonte posible. Porque como bien indica Sartre (1966) no existe totalidad sin totalizador, aunque si bien técnicos y diseñadores de políticas, al apresurarse por los tiempos institucionales que los permean, pueden terminar como totalizadores sin totalidad y no es un juego de palabras.

Si no se pone en práctica, además de la experticia, la capacidad de comprender y complejizar los temas como pertenecientes a un orden social, no se tendrá totalidad. Y si se hace burdamente, remitiéndose solo a la pobreza como causa única o a la cultura o dinámica del capitalismo sin más –tendencia generalizada en las profesiones asistenciales– seremos totalizadores ineficaces ya que ni siquiera se habrá asomado a los límites de las expresiones fenoménicas de la realidad.

Por último y a la luz de Sartre (1966), es interesante pensar, tan solo como línea de indagación, por qué adolescentes con un campo de los posibles tan limitado, es decir, con un elenco de objetivaciones posibles tan escaso, se objetivan especialmente como padres o madres. Su campo instrumental, de elementos materiales y subjetivos para objetivarse en un yo que otorgue identidad y en actividades que otorguen sentido y placer a sus vidas, ya se dijo es muy limitado. Pero tienen su cuerpo, que les permite reproducirse y tener hijos/as y ser padres o madres y otorgar dádivas. Lo que queremos indicar, a modo de hipótesis, es que quizás vivan su cuerpo de manera instrumental, como forma de objetivarse en un hijo/a y encontrar alguna respuesta posible a las interrogantes vitales: ¿Quién Soy? ¿Qué Soy?

En resumen, si es esto posible, el embarazo a edades tempranas trata de responder a preguntas profundamente ontológicas, a partir de ciertas éticas sexuales que rigen las vidas y tanto el embarazo como el/la hijo/a posee un significado especial producto de las historia de vida de sus progenitores.

Si la política pública solo asume el tema como un patrón de reproducción socio-demográfico, o bajo una construcción racional que podríamos denominar «del problema», nada será diferente para estos varones y jóvenes mujeres que viven la pobreza, la maternidad y su paternidad muchas veces en absoluta soledad.

Es necesario acceder al deseo, a la historia personal, a lo innombrable, a los significados ocultos, tanto política como profesionalmente, para estar a la altura de la defensa de los derechos de niños, niñas y adolescentes involucrados en la situación analizada.

6. REFERENCIAS

- Badinter, E. (1981). *¿Existe el amor maternal?* Barcelona: Paidós.
- Bauman, Z. (2003). *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Madrid: Siglo XXI.
- Benjamin, J. (1997). *Sujetos iguales, objetos del amor*. Buenos Aires: Paidós.
- Bourdieu, P. (1990). *Sociología y Cultura*. México: Grijalbo.
- Breinbauer, C. y Maddaleno, M. (2005). *Youth: Choices and change Promoting healthy behaviors in adolescents*. Maryland: Pan American Health.
- Cáceres, J. y Escudero, V. (1994). *Relación de pareja en adolescentes y embarazos no deseados*. Madrid: Ediciones Pirámide.
- Connell, R. (1987). *Gender and Power. Society, the Person and Sexual Politics*. California: Stanford University Press.
- Criado, E (2005). La construcción de los problemas juveniles. *Nómades*; Nro. 23. Bogotá: Universidad Central, pp. 86-93.
- Cruzat, C. y Aracena, M. (2006). Significado de la Paternidad en Adolescentes Varones del Sector Sur-Oriente de Santiago. *Psykhé*, 15(1), pp. 29-44.
- Chodorow, N. (1984). *El ejercicio de la maternidad*. Barcelona: Gedisa.
- De Martino, M. (2016). Padres adolescentes y jóvenes: debates y tensiones, *Katalysis*, 19 (1), p.: 91 – 99.
- De Martino, M. (2014). Visibilizando la Paternidad Adolescente. *Prisma Social*, 13, p.: 924 – 943.
- Elias, N. (1998). La civilización de los padres. En: N. Elías, *La civilización de los padres y otros ensayos*, (pp. 407-450). Bogotá: Norma.
- Erikson, E. (1974). *Identidad, Juventud y Crisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Foucault, M. (1986). *Historia de la Sexualidad. El uso de los placeres. Tomo II*. México: Siglo XXI.
- Freud S. (1943). *Totem y Tabú*. Buenos Aires: Editorial Americana.
- Freud, S. (1984). Introducción del narcisismo. En: S. Freud, *Obras completas, (Vol. 14)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Fuller, N. (2000). Significados y prácticas de paternidad entre varones urbanos del Perú. En N. Fuller (Ed.), *Paternidades en América Latina*, (pp. 35-89). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Gilmore, D. (1990). *Manhood in the Making: Cultural Concepts of Masculinity*. New Haven & London: Yale University Press.
- Godelier, M. (1986). *La producción de Grandes hombres: poder y dominación masculina entre los Baruya de Nueva Guinea*. Madrid: Akal.

- Hall, S. (2010). ¿Cuándo fue lo 'postcolonial'? Pensando en el límite. En: Hall, S. *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Popaván, Enviñón Editores, pp. 563-582.
- Havighurst R. J. (1953). *Human development and education*. New York: Green.
- Havighurst, R. J. (1972). *Developmental tasks and education*. New York: McKay.
- Jayo, L. (2017). Paternidad adolescente: una corresponsabilidad invisibilizada. En: *Revista PUCE, Universidad Católica de Quito*, Nro. 105, pp. 227-243. Recuperado el 19 de noviembre de 2018 de: <http://www.revistapuce.edu.ec/index.php/revpuce/issue/view/14>
- Jiménez-González; A.; Granados-Cosme, J. y Rosales-Flores, A. (2017). Embarazo en adolescentes de una comunidad rural de alta marginalidad. Un estudio mixto de caso. *Salud Pública*, 59 (01) Jan – Jun 2017. México.
- Kait, L. (2007). *Madres, no Mujeres. Embarazo Adolescente*. Barcelona: El Serbal.
- Kimmel, D. C. y Weiner, I. B. (1998). *La adolescencia: Una transición del desarrollo*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Krauskopf, D. (2004). Comprensión de la Juventud. El ocaso del concepto de moratoria psico-social. *Jóvenes. Revista de estudios sobre juventud*. Año 8(21). pp. 26-39.
- Lacan, J. (1970). *Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- López, A. y Varela, C. (coord.) (2016). *Maternidad en adolescentes y desigualdad social en el Uruguay Análisis territorial desde la perspectiva de sus protagonistas en barrios de la periferia crítica de Montevideo*. Montevideo: UNFPA, UDELAR.
- Maque, M.; Córdova, R.; Soto, A.; Ramos, J. y Rojas, L. (2018). Embarazo no planeado: impacto de los factores socioculturales y emocionales de la adolescente, *Investigación Valdizana*, 12 (2), Perú.
- Meler, I. (2009a). Los Padres. En: M. Burin, M. e I. Meler, *Varones. Género y subjetividad Masculina*, (pp.273-306). Buenos Aires: Mujeres Editoras.
- Meler, I. (2009b). La sexualidad Masculina. Un estudio psicoanalítico de género. En: M. Burin e I. Meler, *Varones. Género y subjetividad Masculinidad*, (pp. 157-209). Buenos Aires: Mujeres Editoras.
- Oviedo, M. y García, M. (2011). El embarazo en situación de adolescencia: una impostura en la subjetividad femenina. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud* vol. 9(2), pp. 929-943.
- Oxman, C. (1988). *La entrevista de investigación en ciencias sociales*. Buenos Aires: Eudeba.
- Papalia, D. y Wendkos, S. (1997). *Desarrollo humano*. Bogotá: McGraw Hill.
- Parada, D. y García, C. (2017). Padres y madres adolescentes en el ejercicio de la crianza. *Revista Ciencias y Cuidado*, 14 (2); DOI: <https://doi.org/10.22463/17949831.1132>. Recuperado el 21 de noviembre de 2018 de: <https://revistas.ufps.edu.co/index.php/cienciaycuidado/article/view/1132>
- Parrini, R. (1999). Paternidad en la adolescencia: estrategias de análisis para escapar del sentido común ilustrado. Explorando en la cuadratura del círculo. *Informe final del concurso:*

Democracia, derechos sociales y equidad; y Estado, política y conflictos sociales. Recuperado el 14 de abril de 2016 de: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/1999/parrini.pdf>

Rodriguez Vignoli, J. (2014). *La reproducción en la adolescencia y sus desigualdades en América Latina. Introducción al análisis demográfico con énfasis en el uso de microdatos censales de la ronda de 2010*. Santiago de Chile: CEPAL/UNFPA.

Rubin, G. (1975). *The Traffic in Women: Notes on the Political Economy of Sex*. En: R. Reiter (comp) *Toward an Anthropology of Women*, (pp. 157-210). New York: Monthly Review Press.

Sartre, J. P. (1966). *Crítica de la razón dialéctica. Tomo I*. Buenos Aires, Losada.

Seidler, V. (1997). *Man Enough. Embodying Masculinities*. Londres: Sage.

Silba, M. (2011). *Te tomás un trago de más y te crees Rambo: prácticas, representaciones y sentido común sobre varones jóvenes*. En: S. Elizalde (coord.) *Jóvenes en cuestión. Configuraciones de género y sexualidad en la cultura*. (pp. 229-267). Buenos Aires: Biblos.

Silber, T. y Castells, P.; (2003). *Guía Práctica de la Salud y Psicología del Adolescente*. Barcelona: Planeta.

Strathern, M. (1988). *The Gender of the Gift*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press.

Sullerot, E. (1993). *El nuevo padre*. Barcelona: Ediciones B.

Tuber, S. (1997). *Figuras del Padre*. Valencia: Ediciones Cátedra.

Varela, C.; Fostik, A. y Fernández, M. (2014a). *Maternidad y paternidad en la juventud temprana en el Uruguay. VI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población*. Lima.

Varela, C.; Tenenbaum, M. y Lara, C. (2014b). *Fecundidad adolescente en Uruguay: ¿la pobreza como umbral de resistencia al descenso? VI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población*. Lima.

Wodak, R. y Mayer, M. (2003). *Métodos de Análisis Crítico del Discurso*. Buenos Aires: Gedisa.